

comenzado por poseer las ideas a la oportunidad de realizarlas, sin pensar que lo que se improvista no se conserva frente a los imperativos de la reacción. Lo fundamental es edificar sobre los cimientos de la conciencia colectiva, no sobre la base de la posibilidad que circunstancias fortuitas nos dan ofrecer. Y los excesivamente impacientes arrancan el premio que tanto aman disponiéndose a erigir con el concurso de lo que lo odian. Por no perder la revolución incuban la reacción en sus propios espíritus. A los presurosos por llegar, todos los caminos les vienen bien y a los postores terminan por extraviarse o detenerse en la primera encrucijada, pensando que el viaje está terminado.

Perdidos andan a su pesar, los que se han entregado por entero a diseñar planes para el mañana con un fervor digno de mejor causa. La ciudad y el campo constituyen el problema aterradora de sus espíritus. Dos psicólogos opuestos están llamados a chocar mañana frágamente, según ellos representadas por la cultura cívica y el ayer de la mentalidad campesina. Dos egoístas refractarios deberán estrellarse: intelectual, espiritualista el uno; brutal, groseramente materialista el otro. ¿Cómo ilustra a los habituales conformados a una vida sin exigencias, sobre la necesidad de mantener el fausto de las poblaciones industriales? ¿Cómo convencer a fata de que el campo no ha de caerse apedreado a sus necesidades, inútiles en gran parte?

He ahí el enigma pavloviano. Quia debió experimentar su primer fracaso, de ensaya comunitaria en la resistencia del hombre de la estepa a aceptar la nueva situación. Pero se ignora si se fina ignorar, que no fué el asalariado que con suerte, moviendo regional, siendo el órgano que redataba, "Cultura Obrera", un reflejo del criterio de la clase trabajadora, desempeñando sobre la organización obrera, en varios puntos, un papel decisivo. En esas páginas registramos muchas veces sus mejores producciones, porque coincidían abrumadamente con nuestras puestas en vilo. De acuerdo con que el gaismo no necesita nunca para satisfacer las exigencias de su vasta y absorbente burocracia. Cedámonos de buena gana el ineludible trasitorio operado en la economía del país por la guerra, y su corolario, la revolución. El hecho no elude el verdadero motivo engendrador de esa actitud del campesino ruso. No se venía con la mentalidad estacionaria la idea de la propiedad común. Tambores palpitantes con fuerza en la conciencia de los galaritas, que aún despiadados del derecho al suelo que cultivaban, bajo un sistema de esclavitud horrosa, carecían de toda noción de justicia y lo menos se le ocurría era pensar en la necesidad de la explotación. Faltales, en suma, predisposición para la vida libre en el rudo gádala de la tierra. Dicho que a la pasión autoritaria de los marxistas, por casualidad erigidos en tutelares de todo un pueblo, se añadiera un motivo más para fundamentar su concepto dictatorial.

(*)

AL SON DE LA PANDERETA

El gitano Villasepa, de quien ya tienen algunas referencias los lectores, volvió a egitar la pandartera y a rezongar otras afiladas en su visto repertorio, entre un aplauso grande, aplausos, chascarrío y burlas contagiadas.

Suertudo el gitano! Dicen que le llenan el sombrero. También es cierto que este zingaro ambulatorio es ducho en el egoísmo y ase halarde el lado flaco de sus errores.

Yéase, sin una prueba, con motivo de celebrar el día de la raza (de Cain) apropió Villasepa la coqueta y cantó las coplas de circunstancias. He aquí algunas de esas coplas:

"La fe es la virtud suprema de nuestra raza, porque todo nuestra raza es un perfecciónamiento de la raza, que es el espíritu del mundo."

Suertudo el gitano! Dicen que le llenan el sombrero. También es cierto que este zingaro ambulatorio es ducho en el egoísmo y ase halarde el lado flaco de sus errores.

Con respecto a los demás acusados, el consejo de guerra absolvió a los que los imputaron a la mayoría de los militares, y a los que se dice cometidos en el régimen anteriormente aludido.

Con respecto a los demás acusados, el consejo de guerra absolvió a los que los imputaron a la mayoría de los militares, y a los que se dice cometidos en el régimen anteriormente aludido.

Como se comprende, ha sido mucho más el ruido que las nubes. Y no han sido a súpuesto esos macheteros porque no hubieran tenido la suerte de ser capturados. Ni hubieran podido ser juzgados ni sentenciados.

A estas horas el gitano Villasepa descanza en su cama de las fatigas de la jornada y cuenta sus monedas sobre el tirante de gambo de la pandartera.

(*)

FUE MAS EL RUIDO

Días pasados, los diarios "liberales" de esta capital — y hasta la gata maulló su entusiasmo — se hicieron lenguas de la realización de un consejo de guerra para juzgar a varios banditos de largo machete, a los que se atribuía la matanza de los hijos menores de la tribu errabunda. Y fue la puesta en su habilidad de zingaro, buscas noches lo que le llevó el sombrero.

A estas horas el gitano Villasepa descanza en su cama de las fatigas de la jornada y cuenta sus monedas sobre el tirante de gambo de la pandartera.

(*)

UNA CARACTERÍSTICA RELEVANTE

de una parte del común patrimonio, no dispondrá de un ejército que lo ampare, y un enemigo de superioridad, empelado a derrotar regular al conjunto, fracasará por no tener quienes las acate.

Ahora, si nuestros caudileños filósofos, empollados en las incubadoras del prejuicio marxista tan fecundas en estos tiempos, piensan hacer Anarquía sin anarquismo, es otra cosa.

Pero lo que digas, pues en realidad no se proponen cosa mejor.

Seguiremos nosotros diciéndolo por cuenta de ellos, en otros artículos.

PEDRO ESTEVE

El 14 de setiembre en Nueva York

Otro apóstol abogado de nuestros ideales acaba de rendir su tributo a la muerte. Pedro Esteve, el veterano anarquista que durante cerca de medio siglo dedicara la energía de su voluntad indomita y de su inteligencia privilegiada a la grata causa de la emancipación humana, desaparece inesperadamente, dejando en nuestras manos el vacío, abandona en gran medida su principal actividad, que es la de la enseñanza infantil, y se dirige a tributar para hacer frente a las penurias del resto del mundo, lo que desde luego, lo consigue una minoría muy insignificante.

Este ambulante, perenne y eterno, ha sido considerado un trastorno de consecuencias fatales para la vida vulgar de la miseria y la enfermedad, pero las actividades de este sacerdote de la justicia, hoy desaparecido, merecen una placa de admiración.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas que provocan los azotes de la miseria.

En la Argentina es tan común el hecho de que un obrero de la industria que, al ver el campo, se convierte en entusiasta propagador de la organización que ya no se le da la magnitud del cambio. Igualmente podemos decir de las transformaciones, al parecer bruscas, que se operan en localidades consideradas insensibles a las ideas y las normas

